

PRESENTACIÓN

La presencia de Violeta Quevedo en la literatura chilena, la recibimos con reverencia entusiasta. Es hora de dar un paso más para que su obra tenga un lugar destacado; lo merece ampliamente, ya que en sus escritos despliega originalidad a raudales. Esta publicación apunta a una merecida difusión.

Sus relatos se han prestado a equívocos, pregonando que se trataría sólo de un humor fácil, lo que no es así. Ella es toda una escritora, llena de fuerza y fatiga, de asombro y vigilia.

Es el momento de encarar y revisar la obra de esta mujer que encanta y nos lleva sin soltarnos, sin titubear a través de sus escritos, donde a hurtadillas nos asomamos a una atmósfera propia, porque sus definiciones y conceptos responden a una inmensa libertad. Y ahí está el humor, el milagro.

El primer libro que publicó, en forma precaria, *El ángel del peregrino* en 1935, va de la mano con el último conocido *Saliendo de un abismo y no sé más*, del año 1964, un año antes de su muerte, ambos incluidos en esta selección.

En ellos se aprecia que Violeta Quevedo es una escritora sin escuela, con mirada primigenia, desconcertante, con ojo singular, único, que peregrina por lugares muy diversos con su Ángel guardián como única sombra y luz, verdadero compañero de ruta.

Los iniciados en este misterio que es la autenticidad en el

arte, primera fuente, encontrarán en esta escritora una lengua sin censura, donde el sentido paradisíaco está presente.

Ella no muestra relación alguna con lo que se usa, con las corrientes en boga; sostiene su peculiar mirada, auténtica en el temblor del milagro que está por producirse. Escribe sobre ella Braulio Arenas: "También este desplazamiento por el mundo lleva en Violeta su propio contenido. Observa el tránsito de la humana existencia, fortalecida por su creencia, por su aptitud de bondad, y como vive de milagro, o más bien dicho, como vive en el milagro, transfigura la realidad, la acomoda a sus usos y costumbres personales".

La perspectiva básica de los relatos que aquí presentamos reside en la fragilidad y el asombro de todo lo que la rodea. Nuestra autora acomete una exploración en cada lugar, sin distinguir mayormente entre New York y Limache, en ambas ubicaciones aparecerán los trenes, el tintero, el sanatorio, las tijeras, la monjita amable, el señor "palo grueso", los santos de mil nombres..., un mundo que fluye, un constante deambular que ella mira inocente, sin perder su candor admirándose por todo lo que le sucede. No falta la flor silvestre que acapara para sí o para los muy cercanos y sus mil trajines, en vigilia e ingenuidad. Algo de "caballera andante", algo de cronista tienen los escritos que veremos en este libro y que nos vinculan con la geografía pintoresca que ella construye y que nos hace situarla en el mundo de una literatura "naive".

La palabra "naive" aparece en el Diccionario de la Lengua Española con el siguiente significado: "(Voz francesa). Dícese de un tipo de arte, generalmente pintura, practicado por artistas autodidactos dotados de un sentido plástico natural, al margen de las corrientes del arte culto (académico o vanguardista); artista que practica este arte".

Violeta Quevedo responde a esa definición al ser una escritora no convencional, sin preparación anterior más que su rico mundo que deforma y transforma la realidad; su lengua labra espacios en que los aspectos caseros, cotidianos, rutinarios, los maneja y revela con sabor inesperado.

Ella cuenta un relato, de forma ingenua y encantadora, sin más deliberación que exponer la experiencia viva, de cada día, con hidalguía y vendaval.

Todo en ella brota en forma original, surge su voz inconsciente y no premeditada. Toma la realidad y la interpreta con asombro y humor.

Tiene una prístina mirada, que la plasma en absurdo y poesía, donde revela un tiempo perdido, detenido y apremiante a la vez, donde lo nimio tiene alas de grandiosidad.

Su escritura fue una manera de estar al día con su yo interior y hacerle saber al mundo, las misericordias concedidas-recibidas.

Recuerdo que el nombre de Violeta Quevedo era Rita Salas Subercaseaux y en torno a sus parientes se cuenta que llegó en tren a París y sobre ese arribo expresó: “Le pedí al taxista que me llevara donde las Subercaseaux, oh desilusión, el taxista no las conocía”.

Esta actitud única, desprejuiciada, sin real conciencia, entrega una estética de la simplicidad; su lectura es un placer irremplazable. Su obra se lee como un espacio testimonial, donde la ilusión y la realidad se dan la mano, abriéndose a la imaginación siempre diversa, siempre original.

Repetimos con Joaquín Edwards Bello: “¡Valiente Violeta! ¡Yo te admiro!”.

María Luisa Pérez W.

Santiago, enero de 2007